

raíces

• JUAN CARLOS BRIE

ARNOLD WESKER es un escritor hebreo, nacido en Londres. Hijo de refugiados, se reveló, a los 30 años, como autor dramático de garra, luego de haber sido, sucesivamente, lavacopas, carpintero y cocinero.

Este duro contacto con el medio circundante y la despiadada lucha sostenida para subsistir, han impregnado su obra de una melancolía agresiva y un acentuado disconformismo social, evidenciado por una permanente arenga a la lucha en pro de mejores condiciones de vida para las clases humildes.

"Raíces", estrenada por Nuevo Teatro, compone, junto con "Sopa de Pollo con Cebolla" y "Estoy hablando de Jerusalem" (todavía no representadas aquí), una trilogía que ha concitado el entusiasta elogio de la crítica europea. No conocemos las otras dos piezas, pero, si debiéramos juzgar por la muestra, diríamos: No es para tanto.

"Raíces" tiene defectos y virtudes. Ubicada en la línea realista, se ve realzada por un diálogo certero, a veces brutal, perfectamente adecuado al ambiente en que se desarrolla. Tiene, en cambio, una débil arquitectura teatral, puesta de manifiesto por el escaso contraste escénico y la dificultad para llegar al "clímax" dramático, al que sólo puede arribarse en caso de contar con actores de excepción.

Tiene, es verdad, otros méritos: es, por ejemplo, honesta. De una honestidad ingenua, si se quiere, salpicada con inflamadas loas al socialismo, intercaladas abiertamente en su desarrollo. Y si bien este tipo de manifestaciones nada tienen que ver con el teatro y generalmente contribuyen a hundir una pieza, pueden tolerarse en este caso porque están dichas

con sinceridad, sin tapujos ni retorcimientos dialécticos.

Anotemos, también, en favor de Wesker que, a pesar de abordar los problemas sociales con un criterio restringido (el mundo pauperizado y sin perspectivas de quienes viven con un salario exiguo), no pretende dividirlo en probos y réprobos, como suelen hacer quienes anteponen el dogma político al quehacer estético. Nos brinda, así, una visión del hombre bastante imparcial, sin adornos ni mutilaciones.

Es evidente que a Wesker le falta aún madurez de pensamiento y carece de una sólida plataforma cultural. En un hombre talentoso como él, eso es, concretamente, cuestión de tiempo. Habrá que esperarlo unos años (menos de los que se piensa) para que se transforme en un auténtico valor del teatro.

Si la pieza tiene su pro y sus contras, la interpretación, en cambio, no ofrece ningún resquicio. Es seria, sólida, notable. Con la seriedad y solidez que, afortunadamente, parece ser la norma del Nuevo Teatro, donde se vive para la escena. Una interpretación perfecta en el género, en la que Myriam van Wessen y Néctor Alterio componen dos personajes antológicos y Alejandra Boero llega a la cima de su capacidad interpretativa, hablando, cantando y bailando en un admirable crescendo dramático.

Y al referirnos de esta manera a los intérpretes, creemos haber hecho, implícitamente, el elogio del director, Jorge Hacker, autor también de la traducción.

La escenografía, de Saulo Benavente, se detiene más en la utilería que en los decorados, pero resulta eficaz. ♦

jettatore

DECÍAMOS, a propósito de "Las de Baranco", que la obra de Laferrère tenía aún vigencia porque los argentinos hemos persistido en los errores que certeramente anotaba el autor hace sesenta años. Este afianzamiento de nuestras malas costumbres, este ómnibus hacia el progreso, invariablemente perdido en lo que va del siglo, nos ha hecho quedar a la zaga de otros países, menos dotados económicamente pero que cuentan con una sociedad más permeable a los cambios acaecidos en este lapso.

"Jettatore!", aunque de menor envergadura teatral, es un anticipo de "Las de Baranco". No tiene su profundidad, pues no se ahonda en los caracteres y su trama es anecdótica, pero encontramos en ella una filosa ridiculización de ciertas normas sociales y supersticiones que, todavía hoy, nos inficionan.

"Castigat ridendo mores", pudo ser el lema de Laferrère. Y si como argentino no pudo sustraerse al modo de vida impuesto por las costumbres que ridiculizó, sí prefirió la risa a la indignación, como hombre de teatro le debemos el primer atisbo certero de nuestra problemática de gran aldea y el haber posibilitado a los artistas nacionales evadirse de la gauchesco para incursionar en lo ciudadano. Abrió así un panorama distinto a nuestra escena y acercó la intelectualidad de su época al teatro vernáculo. Hoy en día, en que vuelve a aflorar en nosotros esa peligrosa tendencia a evadirnos de la realidad, nos haría falta otro Laferrère que, paternalmente, con gracia y sutileza, colocara su dedo en nuestra llaga y nos volviera a la buena senda.

"Jettatore!" es una comedia desopilante, sostenida más por situaciones que por un argumento. Su trama es muy simple: Carlos, enamorado de su prima Lucía,

urde, de común acuerdo con ésta, un plan para alejar a don Lucas, maduro pretendiente que cuenta con el favor de los padres de la niña. Para esto, nada mejor que hacer creer a todos que don Lucas es "jettatore", es decir que posee la facultad de ocasionar desgracias por su sola presencia. La treta da buen resultado y, después de divertidas peripecias e, finalmente, obligado a abandonar la casa. Laferrère cierra la pieza con un auténtico rasgo de humor, que revela hasta qué punto conocía la condición humana: Todos, incluso aquellos que estaban en el secreto, se convencen de la "jettatura" de don Lucas, al extremo de que Carlos, el gestor de la confabulación, se pregunta: "¿Me habré limitado a descubrirlo, cuando creía inventarlo?".

Marcelo Lavalle ha dirigido la obra con un ritmo de "vaudeville", aprovechando a propensión del autor a marcar escenas sólo con despliegue mímico o con desplazamientos silenciosos a espaldas de quienes dialogan en primer plano. Son recursos legítimos en el género y de seguro efecto cómico y Lavalle ha sabido aprovecharlos, montando un espectáculo ágil y agradable. Los personajes actúan con naturalidad pero se advierte que, detrás de ellos hay una marcación severa y minuciosa.

Contribuye a realzar el espectáculo una excelente interpretación de conjunto, tan homogénea como pocas veces es dable observar en nuestro medio. Sobresaliente la actuación de Miguel Ligeró como don Lucas, Leonor Rinaldi en doña Camila, y el uruguayo Carlos Muñoz en el sobrino de Carlos. En un plano similar de efectividad Alejandro Anderson (Enrique), Bernardo Perone (don Juan), Luis Brandoni (Pepito), Adolfo García Grau (Don Rufo) y Lidia Lamaison (Leonor). Eficaces en papeles menores

Walter Santa Ana (un excelente Benito) y Alicia Bellán (Angela). Menos notable fue la actuación de Perla Santalla y Estela Molly (Lucía y Elvira, respectivamente), las dos figuras jóvenes

del conjunto, la primera de las cuales soportó, además, un maquillaje blanco que la desmejora sensiblemente.

Bueno el vestuario y mediocre la escenografía de Carlota Beitía.

arte

exposiciones

nice

EN Galería Nice, Bartolomé Mitre 1764, exponen dibujos y pinturas Isabel Bihun, Mireya Castex, Haydee da Encarnação e Inés Lepera.

Los trabajos no ofrecen ningún interés y estimamos que no están en un camino adecuado de expresión. La responsabilidad de ello quizás la tenga su Director, Mario F. García Celis. Por otra parte, hay tanta confusión en los trabajos que estimamos que un mínimo de autocritica debió señalar que todavía no era tiempo de exponer.

plástica

En Plástica, Florida 588, hemos visto cuatro grabadores rioplatenses, Isabel Easton, Raúl Cattelani y Jamandú Sánchez (uruguayos) y Edgardo Antonio Vigo (argentino).

Sólo podemos destacar por comparación a Isabel Easton, que no esboza pretensiones fuera de su alcance y trata de ceñir su técnica xilográfica a una figuración sencilla e inmediata.

rubers

En Galería Rubers, expone el pintor Jorge Luis Dellepiane, quien se detiene en la primaria creación de una atmósfera de apacible vacío, un poco falseada por el abuso de fondos concéntricos y desaturados y el empleo simplista de la simetría, cuya resultante es un esquema más bien decortivo y una composición, a nuestro juicio, excesivamente formal. Por oposición pensamos en el misterio, la angustia metafísica y los espacios estáticos de De Chirico. Dellepiane presenta, no revela cosas. Nos gustaría que se liberara de preciosismos del color y de la tiránica influencia de los planteos geométricos y sus transitados hallazgos.

En la Sala II de la misma galería, expone Martha Zuik. Un planteo de abigarramiento mediante la superposición de pinceladas, bastante expresivo, pero también excesivamente efectista. No más que unos ejercicios de color.